

UNIDAD TEMÁTICA 2: LA FE Y LA TEOLOGÍA DEL JUDAÍSMO

Texto 2.1.: Ariel Álvarez Valdés⁹¹, *Sobre la primera traducción de la Biblia, 2005*⁹².

Desde hace siglos la Biblia se viene traduciendo a las diferentes lenguas del mundo. Actualmente ya se encuentra (completa o parcialmente) en 2287 idiomas. O sea que el 90% de la humanidad puede leerla en su propia lengua. Pero, ¿cuándo se tradujo la Biblia por primera vez?

La más antigua traducción de la Biblia (o mejor dicho, del Antiguo Testamento, porque el Nuevo aún no existía) fue al griego, y la hicieron los judíos en el siglo III a.C. Se trató de un acontecimiento verdaderamente extraño e insólito. Por un lado, ayudó enormemente a los judíos, porque permitió que miles de israelitas piadosos, que ya no sabían hebreo y sólo hablaban griego (la lengua más extendida en el oriente antiguo), pudieran volver a leer las Escrituras y a meditar sus enseñanzas. Pero por otro lado, curiosamente esta traducción produjo en ellos un enorme dolor, abrió profundas heridas, y su recuerdo terminó convirtiéndose en un día de duelo y luto para todos los judíos.

Ésta es la historia de una de las más polémicas y paradójicas traducciones que haya existido jamás en la historia.

La ciudad en la ciudad

Todo comenzó en el siglo III a.C. en la ciudad de Alejandría, por entonces capital de Egipto. Allí vivía una comunidad muy numerosa de judíos que habían ido llegando en busca de mejores perspectivas de vida. Como en esa época Palestina dependía políticamente de Egipto, (desde que en 301 a.C. la había conquistado el rey egipcio Tolomeo I), este país se había convertido en uno de los destinos preferidos por los hebreos.

La emigración judía fue tan numerosa, que en pocas décadas Alejandría pasó a ser la sede de la comunidad hebrea más grande del mundo fuera de Palestina. Del millón de habitantes que tenía la ciudad, unos cien mil eran judíos. Éstos se dedicaban a toda clase de profesiones y practicaban todos los oficios, desde agricultores a recaudadores de impuestos, pasando por artesanos, preceptores y militares. Vivían en un barrio exclusivo, dentro de la ciudad, y gozaban de tanto prestigio, que se les permitió tener sus propias leyes, sus autoridades y sus jueces para resolver los litigios entre ellos. Es decir, formaban como “una ciudad dentro de la ciudad”.

⁹¹ Ariel Álvarez Valdés es Licenciado en Teología Bíblica por la Facultad Bíblica Franciscana de Jerusalén (Israel), con la distinción “Summa cum Laude”, y Doctor en Teología Bíblica por la Universidad Pontificia de Salamanca, donde obtuvo la máxima calificación por su tesis “*La Nueva Jerusalén ¿Ciudad celeste o ciudad terrestre?*”. En la Argentina fue hasta 2008, profesor de Sagradas Escrituras en el Seminario Mayor de Santiago del Estero, y de Teología en la Universidad Católica de la misma ciudad. En 1996 fue incorporado a la Asociación Bíblica Italiana, y en 1998 fue designado miembro honorario del Instituto de Filosofía del Derecho de la Universidad de Lomas de Zamora. En el año 2003 fue incorporado a la Asociación Bíblica Española.

⁹² Ariel Álvarez Valdés, *Sobre la primera traducción de la Biblia*, en: revista *Criterio*, Año LXXVIII, junio de 2005, N° 2305, pp. 308-311.

El Dios bilingüe

Pero como la Ley que usaban los judíos para regirse en su comunidad era la misma Biblia (es decir, los cinco primeros libros o Pentateuco), que se hallaba escrita en hebreo, las autoridades egipcias se vieron en serios problemas. Éstas hablaban griego, y al no entender hebreo les resultaba difícil supervisar la administración del barrio judío, y saber si sus funcionarios estaban aplicando bien o no las leyes.

Entonces hacia el año 250 a.C., para un mejor control de su gobierno, el rey Tolomeo II encomendó a un grupo de judíos de Alejandría la tarea de traducir aquella Ley a la lengua griega. Y de este modo, tanto el monarca egipcio como sus funcionarios pudieron conocer claramente cuáles eran las normas que regían en la comunidad israelita.

Los sacerdotes judíos de Jerusalén, al principio no vieron con buenos ojos esta traducción. Para ellos, la Ley que acababan de traducir en Alejandría no era un código cualquiera de normas. Era la Palabra de Dios, y ésta sólo debía leerse en hebreo, la lengua sagrada de Israel. Sin embargo, debido a que Palestina se hallaba bajo la dominación egipcia, no tuvieron más remedio que aceptarla.

En cambio los judíos de Alejandría, que pudieron sacar copias de esta traducción, estaban felices. Tantos años de no entender el hebreo y no poder leer sus Escrituras habían provocado en muchos de ellos una crisis de identidad, y llevado a un vasto sector a abandonar la fe. Ahora la inesperada traducción del rey Tolomeo significaba el reencuentro con sus tradiciones y la vuelta a su religión.

Los 72 que serán 70

Con el paso del tiempo, en Alejandría la admiración por la Biblia griega creció de un modo tan grande, que se fueron olvidando los verdaderos motivos de su traducción, y surgieron en su lugar leyendas fantásticas que contaban su origen y su aparición. Hacia el año 120 a.C., un autor anónimo recopiló esas leyendas, como si fueran verídicas, en una pequeña obra llamada *La Carta de Aristeas*, con el fin de divulgar entre los judíos la veneración y el respeto por esta Biblia.

La Carta de Aristeas, pues, cuenta lo siguiente. Demetrio, director de la famosa biblioteca de Alejandría, le dijo un día al rey Tolomeo II que quería incorporar a la biblioteca la Ley sagrada de los judíos, pero traducida al griego, puesto que se trataba de una obra religiosa muy importante. A Tolomeo II le pareció bien la idea, y mandó un emisario a Jerusalén, llamado Aristeas, para pedir al Sumo Sacerdote Eleazar un manuscrito hebreo de la Ley y algunos traductores palestinos especializados. El Sumo Sacerdote, pues, escuchó el pedido y envió a Alejandría a un grupo de 72 ancianos (6 por cada una de las 12 tribus de Israel) junto con un pergamino de la Ley escrito en letras de oro, para realizar la tarea.

Los 72 doctores llegaron a Egipto, y fueron alojados en 72 habitaciones, donde trabajaron 72 días. Cuando terminaron, leyeron su escrito en público y todos los sacerdotes y los expertos judíos reconocieron la perfección de esa traducción. En recuerdo de esos 72 ancianos, la versión pasó a llamarse "Versión de los 70", o simplemente "La Setenta".

La propaganda tuvo éxito

Ahí termina *La Carta de Aristeas*. Pero con el tiempo se crearon más leyendas, como la que decía que cuando aquellos ancianos salieron de sus habitaciones y compararon sus trabajos, las 72 traducciones griegas coincidían exactamente palabra por palabra (lo cual es en verdad imposible). Esta nueva leyenda pretendía,

simplemente, enseñar a la gente (especialmente a los judíos de Palestina, que sentían cierto recelo por esta traducción) que la Biblia griega había sido hecha bajo la inspiración de Dios, y que por lo tanto debía reconocerse en ella la misma autoridad que tenía la Biblia hebrea, de la cual había sido traducida.

La Carta de Aristeas y las demás leyendas dieron sus frutos; y así, la idea de que la Biblia griega estaba divinamente inspirada se fue imponiendo no sólo entre los judíos, sino también más tarde fue aceptada entre los cristianos. Y muchos padres de la Iglesia (como San Ireneo, Clemente de Alejandría, Cirilo de Jerusalén, San Epifanio y San Agustín) aceptaron el relato de *La Carta de Aristeas*, y admitieron la inspiración de La Setenta.

Por culpa de las vocales

Volviendo a la historia, el rey Tolomeo quedó sin duda conforme con la Ley judía (o Pentateuco) en griego, que necesitaba para el control del barrio judío. Pero los judíos alejandrinos, al ver que ya estaba el Pentateuco traducido, decidieron hacer lo mismo con los otros libros bíblicos que faltaban. Y así, poco a poco se fueron traduciendo y agregando las demás obras de la Sagrada Escritura.

El primer libro que se añadió, hacia el año 200 a.C., fue el de los Salmos, sin duda por la importancia que tenía en la liturgia y en la oración de los judíos de Alejandría, que ahora por fin podían entender qué era lo que rezaban cada día.

Hacia el 180 a.C. se tradujo el libro de Samuel y el de los Reyes. Pero aquí los alejandrinos introdujeron una novedad. Como los libros en griego eran casi el doble de tamaño que los libros en hebreo (porque la lengua hebrea se escribía sólo con consonantes, mientras que la lengua griega tenía vocales), el rollo de papiro se volvió demasiado grande, y por lo tanto poco manejable. Entonces tuvieron que dividir cada libro en dos. De este modo, mientras en hebreo había un libro de Samuel y uno de los Reyes, en griego pasó a haber dos de Samuel y dos de los Reyes. Esta división pasó a nuestras Biblias modernas.

Alrededor del 160 a.C. le tocó el turno al libro de los Doce Profetas. Era un solo libro que contenía el texto de nuestros doce Profetas Menores. Pero también aquí los traductores griegos, para evitar que resultara una obra demasiado voluminosa, decidieron traducirla en doce libros separados. Y nosotros hemos heredado actualmente esta división.

Fiesta en las habitaciones

Con el paso de los años, la Biblia griega fue encontrando adeptos también entre los judíos que vivían en Palestina, y que hablaban griego. También ellos se interesaron por la empresa traductora. Comenzaron, pues, a surgir en Palestina otros libros bíblicos en griego. Las versiones de Rut, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Lamentaciones, vieron la luz en suelo palestino.

Pero los judíos no sólo tradujeron los libros de la Sagrada Escritura. También tradujeron (y compusieron) otras obras que aún no estaban aceptadas en la Biblia hebrea. Así, pronto aparecieron formando parte de La Setenta libros como el de Tobías, Judit, Sabiduría, Eclesiástico, 1º Libro de Esdras, 1º y 2º Libro de los Macabeos, 3º y 4º Libro de los Macabeos, Baruc, Las Odas, y los Salmos de Salomón. La tarea de traducción duró más de 300 años, y finalizó alrededor del año 50 d.C.

A mediados del siglo I d.C. la devoción por La Setenta creció tanto, que los alejandrinos fijaron un día al año para celebrar la fiesta de su aparición. Ese día la gente peregrinaba hasta la isla de Faros, donde la leyenda decía que habían trabajado

los 72 ancianos, veneraban sus habitaciones, y daban gracias a Dios por haber permitido la aparición de La Setenta. Fue tal el respeto por la Biblia griega, que hasta los grandes escritores judíos de la época, como Filón de Alejandría y Flavio Josefo, le dieron su respaldo oficial y prefirieron citarla a ella en sus obras, en lugar del texto hebreo.

Pero a fines del siglo I d.C. un hecho imprevisto vino a opacar la fama de La Setenta, e hizo que los mismos judíos que antes la habían venerado con pasión, ahora la rechazaran y sintieran un profundo desprecio por ella. ¿Qué fue lo que sucedió?

La muchacha convertida en virgen

Cuando aparecieron los primeros cristianos, también éstos empezaron a usar La Setenta como su libro religioso, es decir, como su Antiguo Testamento. Y lo peor de todo era que, cuando los cristianos discutían con los judíos (que no aceptaban a Jesucristo), los cristianos ganaban sus discusiones apoyándose justamente en La Setenta.

¿Por qué? Porque los traductores de La Setenta habían hecho varias modificaciones en su traducción. Y precisamente en estas modificaciones se basaban los cristianos para fundamentar su fe contra los judíos. Veamos algunos ejemplos. El Sal 40,7 decía en hebreo: "No quisiste sacrificios ni oblacones, pero me abriste el oído". La Setenta en cambio puso: "No quisiste sacrificios ni oblacones, pero me diste un cuerpo". Con este cambio, los cristianos decían que ahí ("me diste un cuerpo") estaba profetizada la venida de Jesús a la tierra con un cuerpo humano.

Lo mismo ocurría con el Sal 16,10. El salmista le pide a Dios que lo libre de la muerte, y dice: "No dejarás a tu amigo ver la tumba". Pero La Setenta puso: "No dejarás a tu amigo ver la corrupción". Con este cambio, los cristianos decían que ahí estaba profetizada la resurrección de Jesús, cuyo cuerpo no experimentó la corrupción.

El más famoso cambio que hizo la Setenta es en Isaías 7,14. El texto hebreo decía: "Una muchacha ha concebido y dará a luz un hijo, a quien pondrá por nombre Emmanuel". Pero La Setenta en vez de "muchacha" puso "virgen", quizás pensando que esta "muchacha" era la ciudad de Jerusalén, a la que a veces suele llamarse "virgen". Los cristianos, con La Setenta en la mano, decían que esta "virgen" era María, y que aquí estaba profetizada la concepción virginal de Jesús. (Así pensó también San Mateo, por eso cuando escribió su evangelio, dice en 1,22-23 que en María se cumple la predicción de Isaías. Si Mateo hubiera leído el hebreo, nunca hubiera encontrado esta profecía).

De la fiesta al luto

Los judíos, al ver que los cristianos basaban sus argumentos en La Setenta, y justamente en las diferencias de traducción, comenzaron a mirarla con malos ojos. Así, a fines del siglo I d.C. decidieron abandonarla para siempre, argumentando que no era fiel al original hebreo. Y pasaron a odiar tanto esta versión fomentadora del cristianismo, que ordenaron reemplazar la antigua fiesta en su honor por un día de duelo y ayuno, debido al enorme daño que La Setenta había causado al mundo judío. Hasta el día de hoy, los judíos ayunan el 8 de Tebet (que cae a mediados de diciembre) en recuerdo de la traducción de los Setenta.

En cambio los cristianos siguieron usando La Setenta. Ésta pasó a ser su Antiguo Testamento oficial (en vez del texto hebreo), su fuente de espiritualidad, y el

fundamento de su fe. La prueba está en que, al escribirse el Nuevo Testamento, sus autores, de las 350 veces que citan el Antiguo, 300 (el 86 %) lo hacen de La Setenta.

Se dio así la paradoja de que una Biblia, que había nacido en Alejandría para satisfacer las necesidades de los judíos, terminó convirtiéndose, a tres siglos de su aparición, en la Biblia oficial del cristianismo. Ésta fue la Biblia que acompañó a los misioneros cristianos hasta los confines del Imperio Romano. Y ésta fue la que impulsó la realización de nuevas traducciones (por ser ella misma una traducción). Pronto la Biblia griega se vertió a las principales lenguas tanto de oriente (copto, armenio, georgiano y etiópico) como de occidente (latín, gótico y eslavo antiguo), facilitando la expansión del cristianismo. La Setenta fue, pues, una de las principales estrategias que aseguraron el éxito de la naciente iglesia cristiana.

Herencias que quedaron

Actualmente la Iglesia ya no usa más la versión de La Setenta. Nuestro Antiguo Testamento oficial es la Biblia hebrea, por ser el texto original, mientras que La Setenta es una traducción. Sin embargo, tantos siglos de uso dejaron muchas huellas en nuestro lenguaje religioso. Por ejemplo, mientras la Biblia hebrea hablaba de la *Alianza* de Dios con su pueblo, La Setenta decía *Testamento*; de ahí que hasta el día de hoy nosotros hablemos de *Antiguo Testamento* y *Nuevo Testamento*, en vez de *Antigua Alianza* y *Nueva Alianza*.

También de La Setenta hemos sacado la costumbre de decir que Moisés cruzó *el Mar Rojo*, en vez de *el Mar de las Cañas*, como escribe en realidad el texto hebreo (Ex 13,18). Además, la Biblia hebrea nombra sólo seis dones del Espíritu Santo (Is 11,2), mientras que La Setenta nombra siete; y nosotros, siguiendo a La Setenta, decimos que son siete.

Finalmente, a La Setenta le debemos siete libros de nuestra Biblia actual (Tobías, Judit, 1° y 2° Macabeos, Sabiduría, Eclesiástico y Baruc), que no estaban en la Biblia hebrea, y que nosotros hemos aceptado de aquella (aunque hemos rechazado otros cinco: 1° Esdras, 3° y 4° Macabeos, Las Odas y Los Salmos de Salomón, que figuraban en ella).

Una nueva Setenta

Hace 2300 años, alguien tuvo la osadía de traducir la Palabra de Dios a una lengua que no era sagrada. Fue el proyecto de traducción más grande que jamás se haya hecho en el mundo antiguo. Algunos lo consideraron una blasfemia, otros una desgracia. Sin embargo, el haber adaptado la Biblia a la cultura de entonces tuvo un alcance religioso incalculable. Se convirtió en el principal instrumento de expansión evangélica, y gracias a ella pudo propagarse rápidamente el cristianismo. Si la iglesia hubiera tenido sólo la Biblia hebrea, difícilmente habría tenido el éxito y la difusión que tuvo. Millones de creyentes, pues, le debieron su fe y su encuentro con Dios a esta arriesgada empresa.

Hoy hacen falta nuevas osadías para difundir y propagar la Palabra de Dios en el mundo y en la cultura moderna. Hace falta que aparezcan otros "70 ancianos", que desafiando el riesgo de que se los acuse de profanar, deshonrar o superficializar la Biblia, la liturgia y la doctrina cristiana, la traduzcan al habla de la gente de todos los días y la hagan entender a los más alejados.

Muchos cristianos que viven en la "diáspora" de la Iglesia, que transitan por la frontera de la fe sin terminar de entenderla, se lo agradecerán.